

CD. DE MEXICO.- La monotonía de quien dirige las sesiones en el recinto legislativo de San Lázaro de pronto atraen la atención de alguien, cuando escucha sobre su estado o su Distrito.

No se trata de estar en todo. Un diputado puede oír sobre Cancún y la destrucción de humedales para hacer hoteles pero, si representa a Reynosa, “secar matitas” y matar “conchitas y caracolitos” no le significará un crimen de lesa natura de empresas en busca de lucro. Reaccionará cuando escuche de seguridad y otros problemas transfronterizos.

La Cámara de diputados es un hervidero de legisladores, visitantes, temas de una u otra cosa y la grilla está al 100. Desde aquel oscuro legislador de un partido protector de intereses de grupos ultraderechistas, hasta la combativa dama de Morena, representante de un distrito rural morelense, que disfruta ridiculizar al “Cuauh”, alcalde de Cuernavaca que antes jugaba futbol.

Igual el legislador refugiado tras pasar por altos cargos, o el que pronto irá a gobernar Yucatán u otra entidad. No falta quien buscó el fuero para evitar rendir cuentas.

El caso es que siempre alecciona penetrar al recinto donde, a veces con facilidad que asombra, deciden el futuro del país; otras, con guerras de criterios encontrados por los intereses que no se entrelazan. Pero al final, todo resulta terso.

Ingresar es pasar filtros mil. No tantos como cuando los diputados cerraron la puerta a Vicente Fox quien llevaba su último informe de Gobierno–terminada la enfadosa costumbre de informar con “la realeza” llenando un recinto de aplaudidores--, pero escuchar al mandatario ya no era el tema, si no ver si entraba. Entró, arrojó los libros y salió rápido en un cerco de guaruras y diputados recién electos entre quienes andaba un sonorense cinta negra en judo o algo así.



Pero cuando se va a algo específico, se entra y la atención es de primera. Por supuesto, uno debe visitar a su representante y saludé con afecto a Susana Corella, del 04 Distrito Electoral de Sonora, quien hace un papel apreciable. Va de aquí a allá, llama por teléfono, se reúne con funcionarios, concreta acuerdos, “torea” a uno que otro ocioso con dieta… no para, la verdad.

En la charla me anuncia que estará el martes siguiente y lo estuvo, en tribuna. No lo hizo mal. Sabe lo que hace. Así como es ella, entrona, fue a la cabeza del Grupo México, el del millonariazo Germán Larrea, para reclamar sus falsas promesas y le exigió remediar el cochinero con el que destruye el medio ambiente sonorense con sus minas. Creo que eso es causal para retirarle la concesión, pero el paso lo resuelve nuestro vapuleado presidente Peña Nieto.

Ni ayuda médica, ni plantas potabilizadoras ni nada. Todo lo cruza, Larrea, por el arco del triunfo, por eso Susana Corella le dijo con más palabras y en forma más diplomática, que no le anduviera haciendo al loco.

Y para que vean que Claudia Pavlovich hace su parte, le legisladora pidió a sus homólogos en el Congreso respaldarla en el exhorto al Gobierno Federal, para apoyar en ese jalón de orejas al Larrea del cruel cuento de destrucción y muerte que hereda a comunidades del Río Sonora.

Sépase, si no lo sabe, que el de las minas es tema federal, por eso doña Claudia no ha metido en cintura al grupo mafioso ese, pero fue oportuno el papel de Susana, como cabeza de la Comisión de Minería. Pronto se verán resultados.

Y solo para cultura general, la diputada guaymense tiene su oficina al lado de Sylvana Beltrones quien, creo, no necesita presentación. Y contactos mil, gracias a su carisma aunado a su energía para cumplir a favor de los habitantes del Distrito, 39 municipios a los que está respondiendo.



En el sitio, grato el saludo a los legisladores tricolor Ulises Cristópulos, quien adelanta lo bien que le irá en materia de inversión a Sonora gracias a la gestión de sus representantes. A su lado, Próspero Ibarra, cuyo nuevo “luk” --¿18 kilos menos?-- me hizo titubear antes de saludarlo. Si, era él.

Más allá, el tocayo Agustín Rodríguez, con quien charlé en su curul y para la posteridad quedó la foto tomada por la legisladora Tere Lizárraga, a quien saludé con gusto y la vi de cerquita. Les juro que no trae ojos inyectados en sangre ni arroja lumbre por la boca. Andan tranquilos. Hablan de planes y gestiones y la despedida fue con el infaltable “saludos al señor (Padrés. Quién más)”, a quien me reportan “por allí”, en el ex DF, tranquilo también y en espera de que pase el vendaval. No ocurrirá nada, según veo.





